

# Los restaurantes y el agravio

Eduardo R. Huchim

Los restaurantes, cafés, fondas, similares, sucedáneos y conexos de la Ciudad de México no sólo cumplen la misión de restaurar las energías y dotar a mujeres y hombres de vitalidad para sus tareas. Hacen eso, sí, pero son mucho más que simples comederos y saciadores de apetito.

Los restaurantes son los sitios donde se resuelven y acuerdan muchos de los asuntos públicos y privados del país.

En torno a sus mesas, frecuentemente pobladas de tequilas, tintos y whiskies (me resisto a usar el académico güisqui), se hacen pactos que luego cobrarán vida en forma de políticas públicas que raramente complacerán a todos.

Las atenciones de capitanas (es) y meseras (os) —que prefieren ser llamadas (os) vendedoras (es)— contribuyen a generar un ambiente propicio para la negociación, lo mismo sobre asuntos mercantiles y financieros que delictivos. Y si alguien duda de esto último, recuerde cuántos narcotraficantes han sido detenidos justamente en restaurantes. (Y aquí no faltará el lector que quiera precisar que en los asuntos políticos y económicos también se pacta la comisión de delitos aunque habitualmente oculten su nombre).

Los restaurantes son también los celestinos —diría Juan Carlos Calderón— de las citas clandestinas y,

asimismo, de las citas a ciegas de internautas, como las que contará Pedro Miguel en una novela (o eso espero porque todavía no comienza a escribirla).

Pero los restaurantes y cafés no sólo sirven para esos romances, sino también para otros. Porque por las noches, en la semiobscuridad que propicia escoger platillos y vinos que luego harán temblar los bolsillos o casi derretirse a las tarjetas de crédito, ahí digo —sobre todo cuando hay música viva— se han escenificado declaraciones amorosas que terminan ante el altar y / o ante el juez. Ahí se han dado, igualmente, las dulces reconciliaciones que hacen, para decirlo con la inspiración de Fernando Espejo, que las mañanas amanezcan sonoras y las ventanas, canoras.

¡Y los periodistas! Prácticamente todos ellos tienen fuentes formales e informales, y estas últimas suelen ser las más productivas y noticiosamente jugosas. Y el producto y el jugo se obtienen ¿dónde cree usted?... Sí, en los restaurantes y cafés. Antes que los lectores y la audiencia lo sepan, las paredes y mesas de esos lugares son las primeras en enterarse —bueno, si pudieran enterarse— de las primicias que figurarán en las portadas de los diarios y revistas o en el resumen inicial de los noticieros de radio y televisión.

Los restaurantes y similares son,

asimismo, los sitios donde se reúnen los amigos a platicar y a veces a jugar dominó. Ahí hablarán de mil y un temas —y a veces de mil y dos— y la charla se animará y subirá de tono si incursionan en política, religión o toros.

Los toros, claro, tienen su aposento en los restaurantes. Su aposento como tema de charla y discusión, digo, sin pretender equiparar a estos urbanos sitios con las dehesas o los toriles. ¿José Tomás, Perera, Ponce? No hombre, nada que hacer junto a Manolo (¿será necesario ponerle Martínez), Gona o Arruza. Sí, pero a los hispanos, que hoy llenan las plazas españolas y mexicanas, sólo puedes oponerles figuras mexicanas que ya no son de este mundo. Nunca lo fueron, su toreo era de fuera de esta tierra. Sí, pero la diferencia es que Tomás, Perera y Ponce lidian al toro-toro sin despuntar. Sí, pero...

Los restaurantes, similares y sucedáneos son el marco también para que los burócratas y otros trabajadores den cauce a sus malquerencias por los jefes y a los chismes sobre el más reciente romance de la oficina, mientras comen presurosos el menú del día en su hora u hora y media de comida. Para cientos de miles de trabajadores, un lugar para comer cercano a su oficina es imprescindible, porque las distancias y el tránsito del Distrito Federal hacen inviable ir a comer a casa.

Y los restaurantes y cafés son

Más que cualquier otro hecho, el cierre de restaurantes, fondas, cafés, similares y sucedáneos agravio a los capitalinos y rompió la vida de la ciudad.

igualmente, a cierta hora, los reinos de las señoras que se reúnen para hablar mal de todas sus congéneres conocidas (y algunas desconocidas), excepto naturalmente las que comparten la mesa.

Los restaurantes son, pues, ejes importantes de la política, los negocios lícitos e ilícitos, los amores ídem, el entretenimiento y la tertulia o chorchita (palabra que, ahora me entero, ya está en el *Diccionario de la Real Academia Española* como expresión coloquial en México). Y no sólo eso, también son marco para otros asuntos que no incluí. Pero lo aquí sucintamente descrito basta para ejemplificar la vastedad e importancia de esos sitios donde, frecuentemente, el comer es sólo pretexto para muchas otras cosas.

Pues bien, la mayor afectación a la sociedad capitalina, cometida a causa de la epidemia de influenza, no fue la suspensión de clases. Ni la cancelación de las celebraciones del día del niño, del día del

trabajo y de la batalla de Puebla. Tampoco lo fue el cierre de templos, cines y antros, ni la frustración del puente preveraniego, ni el agrava m i e n t o de la crisis económica que ya se p revé cause una reducción de alrededor del 5 por ciento en el producto interno bruto. Tampoco lo fue el protagonismo del secretario del Capital, que no del Trabajo, Javier Lozano Alarcón, ni las dubitaciones públicas del secretario de Salud, José Ángel Córdova Villalobos. Tampoco lo fueron los varios y dispersos discursos del presidente Felipe Calderón, que —¡quién lo dijera!— ha superado a Andrés Manuel López Obrador en vocación mesiánica, porque si éste quiere salvar a México, aquél quiere salvar al mundo.

No. Más que cualquier otro hecho, el cierre de restaurantes, fondas, cafés, similares y sucedáneos agravió a los capitalinos y rompió la vida de la ciudad. La injustificada agresión a la sociedad capitalina estuvo a cargo del jefe de

Gobierno, Marcelo Ebrard, quien, cuando las aguas se calmen, quizá pierda a causa de este episodio una buena parte de las ganancias que le ha reportado la evidente y costosa publicidad disfrazada de información que difunde la televisión comercial, simulación en la que sólo lo supera Enrique Peña Nieto, el gobernador mexiquense, ante la pasividad del IFE que, un día sí y el otro también, atestigua impasible cómo se viola el artículo 134 constitucional.

El cierre forzoso de los restaurantes de la ciudad no sólo agredió a los meseros, muchos de los cuales reciben, en una sola propina, más de los cincuenta pesos que el Gobierno del Distrito Federal acordó entregarles en compensación por sus pérdidas. Tampoco se dañó sólo a los dueños y demás trabajadores de esos establecimientos, sino también se agravió a cientos de miles de otros capitalinos que forman la clientela restaurantera. Las pérdidas económicas han sido inculadas

Programa de la

# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



conducen

ignacio solares y  
antonio crestani



lunes 21:30 y sábado 19:00 h.

suscripciones: 55.50.58.01  
[www.revistadelauniversidad.unam.mx](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx)